

## MIS CAFES CON PACO ALEMAN

LA primera vez que oí a Paco Alemán fue en una conferencia con un detective como protagonista. Murcia era todavía ciudad de conferencias, de conferenciantes sentados o de pie, y aun estaba viva, y de pie, la Sociedad Económica de Amigos del País. Luego, tras la conferencia, nos fuimos a tomar café y, charlando con él, aprendí que lo suyo no era la conferencia sino la conversación, de pie o sentado, con café o a palo seco en un plantón en las Cuatro Esquinas. Podría y debería haber sido Ministro de la Conversación, titular vitalicio de ese ministerio imaginario que él mismo fantaseara en una administración pública imposible. Desde entonces, desde ese primer café con Paco Alemán, enrollados en el humo de su pitillo pertinaz o de la pipa de Sherlock Holmes, su conferenciado, jugué un poco el papel de su doctor Watson particular, a ser su testigo oidor, que diría Elías Canetti, el último Nobel de literatura y también uno de nuestros últimos temas de conversación librescas. Cuando Canetti aun no era famoso y Paco aun conversaba.

En el Santos, en Dunia, en Paco's, en Mi Bar, celebramos durante muchos años el rito mañanero del café, la tertulia cafetera que era el pan nuestro de todos los días. Una cita a la que, a veces, me costaba un gran esfuerzo acudir, porque Paco Alemán y yo sólo coincidíamos en la segunda nota del aforismo de Oscar Wilde: Hay dos cosas de las que me siento incapaz: madrugar y hacer ejercicio. Sobre la barra del café abría él su cartera y



soltaba su lengua, menos contenida que su pluma, y salían cosas y palabras. (La cartera de Paco Alemán era casi como la de don Andrés Sobejano, otro estupendo conversador, sin la sorpresa estupefaciente de esos restos de queso, de salchichón y aun de mojama que me maravillaron en mi primer descubrimiento). Recortes de periódicos, sus últimos artículos y cuentos publicados los domingos de ABC, Informaciones, Ya y Pueblo, Carlyle y Thomas de Quincey. Colecciones de cromos infantiles, sellos de correos con efigies de escritores, músicos o cosmonautas, vitolas de puros, tapas de cajas de cerillas, y Jules Renard, Jean Giono, Cocteau o Boris Vian. Originales manuscritos enviados a concursos de periodismo, novelas o cuentos, la última carta de Jorge Guillén desde Cambridge, Massachusetts, la antepenúltima tesis doctoral editada por una universidad extranjera sobre un escritor llamado Francisco Alemán Sainz, una entrevista apócrifa con Shaw o con Freud, y Roberto Arlt y Macedonio Fernández. Y siempre, con la misma terca tenacidad que el humo envolvente de su cigarrillo, d'Ors y Ramón y Rilke y Borges. También salía música de la cartera y la boca de Paco Alemán, esa efímera actualidad de los discos y las canciones de Domenico Mondugno, Iva Zanicchi o los Beatles, Gilbert Becaud o Bob Dylan, Brassens y Moustaki. Gerswhin y Erik Satie eran sus clásicos, porque lo suyo fue la música ligera, incluso en literatura, el tono menor de los mal llamados géneros menores. A su amigo Luis Abad, filósofo del instante, Paco Alemán le envió este verso: El conocía / que tan sólo el momento permanece / mientras mueren los años y los días... Un verso boomerang, de ida y vuelta al remitente.

También había los cafés a salto de mata, tras el encuentro en la Covachuela, la librería de turno o el kiosko del Plumas. Con los tebeos del Guerrero del Antifaz o del Capitán Trueno bajo el brazo Paco Alemán predicaba a Nietzsche, Ernst Bloch y Foucault, mientras del prodigioso sésamo de su cartera salía su último ensayo sobre el folletín o la novela rosa. Con café o sin café, sólo, cortado, con leche, sentado o de pie, un cuarto de hora con Paco Alemán valía más que un doctorado en la universidad, esa sesuda institución que no consiguió licenciarlo porque a él lo que le hubiera gustado era ser Profesor de Cosas en General. Era la suya una cátedra ambulante y peripatética, itinerante y callejera, dictada desde la barra o la mesa de un café cualquiera o a pie firme en un parón murciano y placetero. Nunca era la lección magistral ni la conferencia, el rollo enfático, antipático y dogmático. Su tono era la charla coloquial, el diálogo socrático practicado a



diario entre sorbo de café, bocanada de humo y trago de sifón. (Del sifón diría que eran las únicas pompas que aguantaba, incluidas las fúnebres). Manejaba la mayeutica como partera de sorprendentes iluminaciones de lo consabido y la ironía, ese antiséptico, como aguijón estimulante del entendimiento. La conversación en el café, en una tertulia democrática y sin oráculos, afilaba su lengua y una causticidad sin acritud, una cordialísima impertinencia, desleída y como pasada por el agua con burbujas de la *bontade*, brotaba libre y espontáneamente. Lo que hablaba y decía Paco Alemán salía de unos labios siempre sonrientes y contaba con el comedimiento y la elegancia de otras sonrisas como respuesta, nunca con la estridencia de la carcajada. En el café faltaba el Platón que inmortalizara sus diálogos socráticos, como faltó también ese Watson cronista de sus intuiciones policíaco-intelectuales.

Tuvo Paco Alemán la fortuna de vivir como quiso y para lo que quiso, escribir, ni más ni menos. Y era en el café donde alardeaba —si alarde cabe llamar a su *posse* señorial y elitista de encarar la vida— de sus trucos literario-mercantiles, de esos cambalaches rocambolescos de cambiar letras suyas por letras de cambio, de concurrir a todos los concursos concurrebles, de colaborar en revistas más o menos disparatadas o esotéricas, técnicas, médicas, farmacéuticas, agrícolas, y oscuros boletines municipales y espesos. Todo eran medios válidos para obtener el *casquiño* —según su expresión castiza— y comprar su libertad, profesando una personalísima filosofía de la vida que le permitiera, simplemente, vivir para escribir y escribir para vivir. Sabía que la vida era un lujo que no puede desaprovecharse. Y él mismo, sin enterarse ni querer saberlo, también era un lujo de Murcia.

Mi último café con Paco Alemán lo tomé en su casa de la playa, frente al mar, donde vivía con sus libros, sus rosas y sus ocios repletos de proyectos. Me decía que había descubierto tarde el mar y las rosas, que hubiera preferido cultivar orquídeas en un invernadero, como Nero Wolfe, uno de sus detectives favoritos. Vivía en su topera de topo tierno, amedrentado, tímido y huidizo, construida como bastión defensivo de su intimidad celosamente protegida. Debería poner un cartel en la puerta con el epitafio de Leopardi: ¡Dejádme en paz!, bromeaba, pero sin interjecciones agresivas. Resultó un café descafeinado y amargo, porque a pesar del mar, de las rosas y de la luz dorada del poniente, la filosofía invadió nuestra charla como una obsesión. Eso sí, sin patología ni traumas ni aspavientos, suavemente, naturalmente y como de puntillas, como todo lo que venía de Paco



Alemán. Ese último café era como la crónica de una muerte anunciada, acaso presentida por él mismo cuando escribió el primer verso de un poema bellissimo, lírico y nada patético, como quien escribía su testamento: *Morirse es un error que cometemos...*

